
La revista
Estudios Jaliscienses:
memoria de su natalicio

José M. Murià

El Programa de Estudios Jaliscienses

A fines de 1988, después de residir casi ocho años en la ciudad de México, la decisión de regresar a Guadalajara estaba tomada. Fue una época muy enriquecedora la que pasé allá, es cierto, pero siendo el pasado de Jalisco el objetivo principal como historiador, era ya hora de participar en la vida cotidiana de la entidad.

El historiador se dedica al estudio del pasado, pero hace muchos años que se tiene muy claro que ello es algo que debe emprenderse, en la mayor medida de lo posible, de acuerdo con las necesidades y perspectivas de la sociedad actual. "Historiar es, primeramente, mirar para atrás desde el lugar, el día y la hora en que nos encontramos".

Ello es así por fuerza, pero tenemos que estar conscientes de que tampoco sería deseable que fuera de otro modo. No niego el valor de que se vea nuestro devenir hasta hoy desde otras latitudes, ello enriquece, sin duda, pero resulta tal vez de importancia mayor verlo también desde el mismo terreno. El estudio de la sociedad adquiere mayor intensidad y compromiso en la medida que tiene más de autobiográfico, de manera que también resulta bueno que el historiador esté enterado de lo que sucede en su entorno.

Es cierto que todo ello provee al historiador de una carga subjetiva que condiciona su tarea, con frecuencia desde la elección misma del tema que habrá de estudiar,

pero de ninguna manera debe considerarse indeseable, sino más bien indispensable para que el estudio sirva para la vida en el tiempo presente y, de ser posible, también para la de quienes habrán de nacer después.

Dicha subjetividad no le quita validez ni seriedad al estudio, máxime si se está plenamente consciente de su naturaleza. Para encauzarla bien existe un método de trabajo que, aplicado rigurosamente, cernirá lo indeseable de la subjetividad y el resultado podrá tomarse como *verdadero* con todas las consideraciones y la relatividad de este principio, relacionadas también, precisamente, con las condiciones del tiempo en que se vive. De la misma manera que resultarán relativas a nuestro tiempo y espacio las explicaciones que se sustenten en el conocimiento del pasado, para entenderlo y coadyuvar a una mejor comprensión de la situación presente.

La historia, y cualquier otra disciplina que se dedique a conocer la sociedad, no será, pues, completamente objetiva ni completamente subjetiva.

Había, sin embargo, cuando decidí volver, un pelo muy grueso en la sopa: la molicie –por decirlo de la manera más suave– que se vivía desde hacía mucho tiempo en mi centro de trabajo del Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH), del que había salido con una licencia valedera mientras durara mi encomienda en el Gobierno Federal.

Incorporarse plenamente al Centro INAH Jalisco, uno de los peores de toda la institución que, en muchos sentidos, es benemérita, significaba estar dispuesto a perder más tiempo en lograr que lo dejaran a uno trabajar que haciendo el trabajo mismo, para el que se supone que uno cobra con dinero de toda la ciudadanía.

La solución fue crear otra forma de laborar dentro de la misma esfera del INAH, pero fuera del dicho centro y sumándole recursos humanos y materiales de otras instituciones. Tal fue el Programa de Estudios Jaliscienses (PEJ), que conjugó la voluntad de la Universidad de Guadalajara y del Gobierno del Estado de Jalisco. Obviamente se invitó, a manera de rescate,

a un par de las pocas cartas buenas que sobrevivían en aquella especie de caverna.

El objetivo explícito del PEJ, además del implícito de disponer de un lugar de trabajo menos corrompido, era fomentar y difundir los estudios de la región y que sus propios miembros emprendiéramos algunas tareas conducentes a lo mismo, pero en mejores condiciones. Aunque no se especificara nunca, había una idea bastante clara, mas no bien definida territorialmente, de lo que debían ser los “estudios jaliscienses”.

Dada la presencia de la Universidad y, sobre todo del Gobierno del Estado, no nos atrevimos a romper el molde desde el principio de que no nos proponíamos estudiar únicamente el pasado de nuestro estado: Jalisco, haciendo caso omiso de los demás, en especial de los vecinos que componen ese otro concepto vago, que denominamos “Occidente”.

Habiendo estudiado antaño la evolución y la conformación de sus límites, teníamos muy claro que, aun en el supuesto de que estuvieran perfectamente definidas las fronteras de Jalisco, jamás podrán coincidir con cuestiones importantes tales como el desarrollo económico y social, la administración religiosa, la vida cultural, etc. Bien podríamos decir que casi cada tema tiene su propia regionalización, al igual que su específica periodificación. Sin embargo, tampoco puede negarse que Jalisco es una entidad que existe y, aunque sea desde un punto de vista administrativo, está bien marcado en el mapa.

No se le llamó a ese programa Estudios de Jalisco, porque precisamente no aspirábamos a que solamente se tratara de lo sucedido dentro de las fronteras de la entidad, como sucede con muchas de los llamados “estudios parroquiales” sumamente descriptivos pero ayunos de análisis y comprensión. Se le bautizó precisamente como Programa de *Estudios Jaliscienses* pensando en la conveniencia de indagar lo que nos interesara y tuviera relación con el devenir de quienes vivimos en Jalisco y estamos existencialmente comprometidos con su futuro, sin detrimento de las

entidades vecinas, tan ligadas a la nuestra en muchos sentidos. Siguiendo la frase chusca de Enrique Álvarez del Castillo, cuando era gobernador: de “Jalisco y sus estados conurbados”.

La inspiración teórica estaba cimentada más bien en la obra *Pueblo en vilo. Microhistoria de San José de Gracia*, cuyo autor ha sido inspirador de nuestro trabajo en más de un sentido. No olvidemos que el primer título que Luis González y González le quiso poner a su libro cimero fue “Historia Universal de San José de Gracia”. Tal vez así hubiera sido, de no haber suscitado el escarnio de algunos colegas suyos de El Colegio de México: los mismos que le recriminaron que hubiera preferido encerrarse a escribir la historia de su pueblo en vez de la del Senado de la República, que le había sido propuesta en ese mismo tiempo.

En su “Prólogo”, que no está en todas las ediciones, no obstante su importancia, y que en la primera se llamó “Una introducción necesariamente larga”, mismo que fue decapitado después, tiene un comentario que resulta ser una de las mejores sugerencias para los estudios de una región determinada, sea ésta grande o pequeña: hay que tomar en consideración todo lo que alcance la mirada; es decir, no solamente lo que sucede ahí mismo, sino también todo –hasta donde es posible– aquello cercano o lejano que esté relacionado con el sitio estudiado. Metafóricamente nos cuenta que, para escribir, se subía al campanario de la parroquia y abarcar así el mayor horizonte posible de su pueblo.

Toda proporción guardada, tal fue la misma idea de los *estudios jaliscienses*. Se supone que permite abarcar todo aquello que, de una manera o de otra, incumba a Jalisco.

El dicho PEJ nació oficialmente el 1º de octubre de 1989 y, poco antes de cumplir diez meses de vida, su revista vio la luz, con el mismo nombre. Hay quien asegura que en México lo que se hace para siempre resulta efímero, y que tan solo lo provisional acaba siendo duradero.

Así fue: nunca se pensó que dicho *Programa* fuera longevo ni su revista tampoco. En realidad se tenía como meta fija llegar solamente a fines de 1992, que era un año de muchas conmemoraciones importantes: el famoso Quinto Centenario del Encuentro de dos Mundos, el bicentenario de la Real y Literaria Universidad de Guadalajara, el primer centenario de la Escuela Normal de Jalisco. Sin embargo, las cosas no fueron así. El 11 de septiembre de 1991, después de una cierta resistencia de nuestra parte, dado el pésimo estado en que se encontraba El Colegio de Jalisco, el pequeño Programa de Estudios Jaliscienses acudió a su rescate.

Es necesario recordar, en apoyo de la validez de nuestra apreciación, que incluso se pensó en su desaparición.

De la revista *Estudios Jaliscienses* habían aparecido seis números con absoluta puntualidad y un cierto éxito. Era, y ha seguido siendo, tal como se concibió desde el principio, una revista que no llegara a las 70 páginas; que no pensarán los autores de sus artículos en un público de alta especialización, sino tan solo de cierta instrucción y un buen grado de interés, pero no por fuerza del oficio. No obstante se exigió profesionalismo y el mayor rigor académico.

Un antecedente de muy buenos consejos, sencillos pero fundamentales, para que nuestra revista no cayera en la frivolidad, la irresponsabilidad o la impuntualidad, me los había dado unas tres décadas atrás un honesto, perseverante y admirable militante comunista, ya maduro, que conocí fugazmente en la Preparatoria y me cobró aprecio, a pesar de que siempre tuvo muy claro que no podría engancharme para su Partido.

Los consejos fueron los siguientes, ante su seguridad, no sé por qué, de que algún día la emprendería con una revista, a pesar de las decenas de fracasos en este sentido que a mi generación le tocó presenciar.

Primero, no sacar el número uno sin tener totalmente listo el tres.

Segundo, que sus dimensiones y periodicidad siempre fueran inferiores a la capacidad de trabajo de quienes la hiciéramos, a efecto de que no resultara un esfuerzo agobiante.

¡Así se hizo!

He de agregar que, con ánimo de ser precavidos y atender a los objetivos del Programa, previamente habíamos empezado a realizar una serie de "Coloquios de Aproximación a su Historia" en diferentes localidades de Jalisco, que reunirían estudiosos de ella misma, con colegas de Guadalajara y de la ciudad de México e, incluso, a veces, hasta del extranjero. Era una actividad muy provechosa que enriquecía a todos, incluyendo al público, siempre nutrido. De esta manera, cuando apareció el primer número de la Revista ya teníamos material para varios. Además, ello marcó la idea de que cada uno versara más o menos sobre un mismo tema.

Recuerdo que, cuando nació *Estudios Jaliscienses*, lo hizo también otra revista cara y pretenciosa, oficial de la Secretaría de Educación y Cultura, que se llamaba *Umbral*. Su director fue Juan José Doñán.

Era realmente espléndida la presentación. Para ello, considerando quizá que no había en Jalisco quien pudiera hacerlo bien, o por algún otro interés particular, dicha revista se imprimió en Monterrey, Nuevo León.

El primer número fue de "invierno de 1991-1992". Una vez aparecido, ya con cierto atraso, se reunió al comité editorial para pensar en el siguiente. Fue entonces cuando transmití el consejo que me había dado aquel *scout* del Partido Comunista, pero me tiraron a loco. ¿Cómo osaba yo...? El segundo, correspondiente a la "primavera de 1992", apareció a fines de ésta. El siguiente, con los números 3-4 de "verano-otoño" de 92 lo hizo tan tarde que ya permitió tragarse el invierno; el número 4-5, fue de "primavera-verano" de 1993. No dio para más.

Es el recuerdo que me trae el primer tiempo de *Estudios Jaliscienses*, especialmente por esta

publicación que, gracias a su alto costo, nos dejó sin la ayuda de la dicha Secretaría de Educación y Cultura, y hubo que mendigar recursos en los lugares más insospechados. Pero los hallamos.

El Coljal

Cuando nos incorporamos a El Colegio de Jalisco, en septiembre de 1991, Angélica Peregrina, como Secretaria General, y yo, en calidad de Presidente, nos encontramos con que ya había una revista, de nombre *Encuentro*, cuya editora había sido siempre Carmen Castañeda. Su primer número llevaba la fecha de octubre de 1983, pero lo cierto es que se había terminado de imprimir el 30 de noviembre del mismo año. Debe reconocerse que la calidad era buena.

En septiembre de 1991, el último número publicado era el 17, que correspondía a octubre-diciembre de 1987, pero había sido impreso en agosto de 1990...

No sé si fue una buena decisión o no, dejar *Encuentro* como estaba. Tenía un valor indiscutible, pero el retraso era mayúsculo y su envergadura era demasiado para nuestros magros recursos. El caso es que decidimos seguir adelante con *Estudios Jaliscienses*, que llevaba un buen paso, gozaba de cabal salud y estaba diseñada a la medida de nuestras posibilidades. Por su parte, Angélica Peregrina había asumido las tareas inherentes a su distribución y administración, tarea muy importante, ya que el financiamiento resultaba complicado, no tan solo por lo que significaba conseguirlo, sino porque involucraba burocracia de instituciones distintas y cada una con sus propias reglas y requisitos.

El resultado ha sido que, después de 25 años, gracias a la constancia de Agustín Vaca, que se sumó a El Colegio en mayo de 1992, después de doctorarse en Francia, y poco a poco se fue haciendo cargo por completo de la publicación, puede saludarse el número 100 habiendo aparecido siempre con absoluta puntualidad y mantenido un nivel de calidad razonable,

sin perder casi nunca su amable toque de divulgación dentro del rigor científico.

Poco a poco, ya como parte de la producción de El Colegio de Jalisco, la revista alcanzó su tranquilidad financiera y conservó su airoso ritmo, con la mano sabia de Vaca empuñando el timón.

De cualquier manera, aunque a veces parezca fácil, debe consignarse el mérito de José Luis Leal Sanabria, quien me sucedió en la presidencia de El Colegio, en 2005, y no ha dejado de suministrar lo necesario, contribuyendo de manera muy importante a que esta revista logre lo que no ha logrado ninguna otra publicación periódica académica de Jalisco y, es de temer, que tampoco de todo México y quizá hasta del resto del continente: llegar a su centena sin perder su condición de infalible.